

IDEOLOGIA MITO Y UTOPIA

FRANZ JOSEPH HINKELAMMERT

TERCERA PARTE

LA UTOPIA RACIONAL

Los mistificadores, por lo tanto, en ningún caso niegan la factibilidad del mito social original, a pesar de que postergan su realización a largo plazo. Hasta el tecnócrata moderno más ex-céptico comparte esta posición. Pero lo notable es que, precisamente, la fe en la factibilidad del mito original, origina la desaparición del contenido humano que este mito social original tiene. Por creer en la factibilidad del mito social original se justifica la mistificación de la sociedad. La base de todo este fenómeno es la imposibilidad de concebir realmente un progreso técnico económico infinito en el sentido más puro de esta palabra. Todo el fenómeno de la mistificación niega que el progreso sea realmente ilimitado, lo que significa en términos lógicos que nunca va a alcanzar su fin immanente. La decisión, por lo tanto, se refiere a la evaluación de este proceso futuro. En la interpretación mistificadora el progreso es limitado y llega definitivamente a un fin dentro de un plazo calculable, a pesar de que se concibe este plazo a extremadamente largo plazo. Concibiendo al contrario el progreso técnico como progreso infinito, la imagen

del mito social original pierde su carácter inmanente y llega a ser una imagen trascendente. Siguiendo esta idea la medicina futura va a prolongar siempre más la vida humana sin extinguir la muerte como categoría. La cibernética va a mejorar ilimitadamente la maquinaria, sin lograr definitivamente la abolición de la diferencia categórica entre hombre y máquina, etc. Pero lo significativo es que la concepción del mito social original en términos de una imagen trascendente lo convierte otra vez frente al sistema institucional en una fuerza crítica. El concepto inmanente del mito original tiene como única solución del progreso humano la mistificación, es decir, la entrega humana a los criterios cuantitativos de la eficacia económica. El sentido antiinstitucional del mito original se posterga hasta el punto final del progreso técnico y como este punto final nunca llega, las instituciones se encuentran estabilizadas por un criterio de pura conformidad. La renuncia a esta postergación permite vitalizar la idea del mito original en la presencia misma y jugar su sentido antiinstitucional en contra de las instituciones existentes en el momento. La confrontación de la sociedad con sus valores inmanentes entonces se tiene que hacer ya en la presencia, sin tener el escape hacia el futuro.

Pero esta confrontación, con el sentido antiinstitucional del mito original no se puede plantear ahora sobre la base de una abolición definitiva del sistema institucional mismo. Eso significaría únicamente repetir de nuevo las experiencias de las revoluciones totales pasadas y fracasadas. Puede ser, por lo tanto, únicamente una confrontación que dentro del marco de la estabilidad del sistema institucional llevá a cabo una actividad continua de debilitamiento de las fuerzas mistificadoras del sistema social. No pretende solucionar definitivamente el problema de la mistificación, sino que quiere minimizar los efectos de la mistificación lo más posible.

Este reconocimiento de la estabilidad del sistema institucional como categoría, por lo tanto, va lógicamente unido con el concepto del mito original como un concepto trascendental, mientras que la mistificación se basa precisamente en la convicción de la factibilidad de una desaparición del sistema institucional. La pérdida de la trascendencia en la mistificación de la sociedad es, por lo tanto, la causa última de la pérdida de una actitud crítica frente a la sociedad.

Plantear el mito original como una idea trascendental significa convertirlo en utopía racional. En esta forma, ahora, el mito original permite contraponer a la racionalidad técnico-económica y a la mistificación económica una racionalidad de valores que se origina en la misma base como la racionalidad técnico-económica. Como la racionalidad técnico-económica tiene una perspectiva infinita hacia el futuro, esta racionalidad de valores tiene una perspectiva infinita hacia lo presente. Llega a juzgar sobre el sistema institucional del momento bajo el mismo criterio humano que la racionalidad técnico-económica impone en el proceso de la mistificación. Esta racionalidad de valores crea un fenómeno que podríamos llamar el desdoblamiento del mundo social que se refleja en primer término en lo que podríamos llamar el desdoblamiento de los valores.

Este desdoblamiento de los valores sigue los mismos pasos como la definición de los valores a través de la racionalidad técnico-económica. En el fondo la racionalidad de valores utiliza exactamente los mismos valores desdoblándolos en un sentido específico que hay que desarrollar con más profundidad. Este análisis comenzará con la etapa del surgimiento de las normas racionales para seguir después con el enfoque de la institucionalización de estos valores que la racionalidad técnico-económica da.

- Las normas generales parten de la racionalidad técnico-económica como analizamos anteriormente. El desdoblamiento de los valores se apoya en estas normas racionales, convirtiéndolas ahora en valores puros cuya validez no depende únicamente de la racionalidad técnico-económica, sino vale como tal y categóricamente. El desdoblamiento de los valores por lo tanto convierte las normas generales de la racionalidad técnico-económica en valores propiamente tales. Esta conversión es una especie de cálculo infinitesimal de las normas mistificadas que nos produce un mundo de valores purificados, que se concibe ahora como valores con una pseudo-existencia no institucionalizada. Las normas racionales se convierten en valores racionales.
- Los valores racionales a través de esta conversión se confrontan ahora con la institucionalización de los valores en el marco de la racionalidad técnico-económica. Esta institucionaliza-

ción significa una serie de excepciones de las normas generales para compatibilizarlas con la existencia y la sobrevivencia de las instituciones. Pero el valor racional no se conforma fácilmente con este tipo de institucionalización. El pone en duda la legitimidad para institucionalizar los valores ciegamente bajo criterios de la maximización económica. El valor racional por lo tanto se convierte en valor crítico. Estos valores críticos se confrontan con su propia institucionalización, ahora con extraordinaria rigidez.

Este desdoblamiento de los valores significa en el fondo transposición de las normas de la racionalidad técnico-económica hacia un plano esencialmente diferente del mundo de los valores. Pero esa transposición no es un cambio del contenido mismo de las normas, sino que es solamente un cambio de la validez que estos valores, frente al mundo institucional, pretenden. Las normas de la racionalidad técnico-económica pretenden su validez únicamente en el marco institucional de la sociedad dada. Los valores racionales, al contrario, pretenden su validez como tal y critican el sistema institucional dado, en el sentido de que este sistema tenga que alejarse de una realización pura y absoluta de estos valores lo menos posible.

Pero el sentido purista de los valores racionales contiene un peligro muy propio que hay que tomar en cuenta. Para ser eficaz, la crítica del mundo institucional tiene que llevarse a cabo en base de un reconocimiento categórico del mundo institucional como tal. Eso significa que la crítica racional no puede y no debe pretender evitar la institucionalización de los valores bajo criterios de la estabilidad y de la sobrevivencia de la institución misma, si no cuida este marco de la crítica el desdoblamiento de los valores llega a ser solamente otra mistificación más del mundo social. Realizar sin ninguna excepción las normas generalizadas de la racionalidad técnico-económica en todos los casos significa otra vez pretender la realización inmediata del mito social original. El efecto sería, por lo tanto, nada más que nuevamente pasar por las etapas de la anarquía, de la revolución total hacia la institucionalización del mito, convirtiendo la purificación de los valores en una ideología más de la mistificación. Tenemos muchos casos del purismo de valores en este sentido. El caso menos importante lo podríamos encontrar

en cuanto al respeto a la verdad. Pero políticamente otros purismos son más importantes. Por una parte tenemos el pacifismo absoluto e incondicional que puede directamente destruir la sobrevivencia estatal y que en su forma de institucionalización se convierte fácilmente en la ideología en favor de la última guerra para la paz. Y no hay guerras más crueles que las guerras en nombre de la paz. La crítica racional frente a esta posición no pretendería simplemente la solución definitiva de los conflictos y hasta de las guerras, sino su posición podría ser solamente evitar la próxima guerra que está amenazando. No se puede tratar de aceptar una guerra más para tener después la paz en el sentido absoluto, sino que se tiene que evitar que haya una guerra más. Solamente esta posición crítica sin pretensión absoluta de solucionar los problemas tiene realmente la chance de conseguir el éxito.

Exactamente lo mismo pasa con el purismo en relación a la propiedad. La santificación de la propiedad tiene necesariamente la consecuencia de destruir desde adentro el sistema de la propiedad misma. En el grado en que la institución de la propiedad (y no solamente de la propiedad privada) es una condición de la convivencia social, esta santificación provoca la anarquía social.

Por consiguiente, la racionalidad de valores tiene hasta cierto grado un sentido de compromiso, que le da en el fondo su eficacia. Toda crítica social tiene que entrar en este compromiso con la existencia categórica del sistema institucional si quiere evitar convertirse otra vez en la ideología de una clase dominante y de la sociedad mistificada. Pero este compromiso no significa conformidad. Es el reconocimiento del marco de factibilidad de la acción humana. Es el reconocimiento de la verdad fundamental de que el que quiere tener todo no va a tener nada.

La actividad del desdoblamiento de los valores es fundamental para explicar la similitud y la cercanía entre racionalidad técnico-económica y racionalidad de los valores. En el mismo grado en el cual es posible construir científicamente modelos y teorías de la racionalidad económica también es posible construir científicamente modelos de valores. De hecho, hay valores científicos que forman supuestos básicos y necesarios de modelos teóricos de la maximización económica. Con la misma exactitud con la cual se puede definir el óptimo económico del círcu-

lo económico interdependiente, se puede construir el modelo de valores correspondiente y en el fondo el cálculo del interés no es metodológicamente diferente del cálculo de los valores. El problema del juicio de valor para nosotros, por lo tanto, no es un problema de arbitrariedad de los valores, sino que es más bien un problema de concretización. El problema es únicamente cómo institucionalizar estos valores.

Pero en este acto de la institucionalización de los valores hay en el fondo solamente las dos alternativas básicas. Por una parte, se puede entregar la institucionalización de los valores a la mistificación económica. En este caso la institucionalización es un puro cálculo de maximización económica y es esencialmente lo mismo como el cálculo de inversión en una empresa capitalista. El juicio sobre estos valores también mantiene un carácter de irracionalidad en el mismo sentido como lo tiene la decisión sobre la inversión, es decir, contiene lo que llamábamos anteriormente el elemento de arbitrariedad, lo que da a la decisión misma un carácter de cierta irracionalidad.

Por otra parte, existe la alternativa de la racionalidad de valores como una posición para solucionar la institucionalización de los valores. El juicio de valor en este caso es más complicado, porque va más allá del puro cálculo técnico-económico de valores. Este es el caso del desdoblamiento de los valores.

En el fondo se trata de acercar dentro de la estabilidad categórica del sistema institucional la sociedad existente lo más posible a un estado de relaciones humanas directas como el mito social original lo presenta. Eso significa en términos de los valores racionales minimizar las excepciones de las normas en el curso de su institucionalización lo más posible. El juicio de valor que de esta posición resulta tiene que evaluar en cada caso la relación entre racionalidad técnico-económica y racionalidad de los valores. El caso más simple la coincidencia de las dos racionalidades. El cambio institucional que los valores racionales exigen no contradice entonces al cálculo de maximización económica. Pero en todos los casos de contradicción entre las dos racionalidades existe un elemento de arbitrariedad adicional a la racionalidad técnico-económica.

El desdoblamiento de los valores exige una actividad crítica continua frente a las tendencias sociales hacia la mistificación. No se puede imaginar llegar a una sociedad en la cual las dos

racionalidades coincidan necesariamente. En cuanto a esta crítica, podemos hablar de una función intelectual que puede ser más o menos desarrollada en una sociedad dada. Esta crítica define la posición del intelectual. Intelectual, en este sentido, es quien lleva a cabo la crítica social en nombre de la racionalidad de valores. Por lo tanto, hablamos de utopía racional en cuanto a las etapas concretas que la crítica intelectual se propone frente a la sociedad existente. Como la crítica intelectual no puede expresar solamente valores como tales, sino que tiene que proponer siempre de nuevos cambios institucionales, necesariamente tiene que laborar modelos concretos de otros tipos de instituciones para el futuro.

Como caso general la crítica social tiende a vincularse con las posiciones de las clases sociales oprimidas. Por lo tanto, la lucha de clases es extraordinariamente importante para dar una base social fuerte a la función de la crítica intelectual. Por eso es explicable que los períodos de crítica social viva son siempre períodos de luchas de clases agudas y que los países con vida más intelectual son a la vez países con fuertes organizaciones de las clases oprimidas, atacando el sistema establecido. Pero eso no significa que como tal la organización de las clases oprimidas lleve a cabo el proceso de la crítica intelectual. Solamente en el caso de que la clase oprimida no acepte la conformidad con el sistema establecido, la lucha de clases llega a ser a la vez un proceso creador de valores racionales. Pero ya vimos que la mistificación de la sociedad puede llegar a penetrar toda la estructura social hasta lograr la conformidad de las clases oprimidas con la mistificación económica de la sociedad, convirtiendo sus organizaciones de defensa en puras organizaciones pragmáticas del pan y de la mantequilla. Con este proceso de la adaptación de las clases dominadas, la crítica intelectual pierde su base social y por consiguiente su fuerza vital esterilizándola y haciendo de ella un lujo de círculos esotéricos. Para la crítica intelectual, por lo tanto, es vital integrar las fuerzas de las clases oprimidas al proceso del desdoblamiento de los valores. Solamente en el grado de conseguir esta actitud por parte de las clases dominadas, la crítica intelectual puede esperar tener un futuro real.